

# Archivo Extremeño.

REVISTA MENSUAL

CIENCIA, ARTE, HISTORIA.

---

Año II

Badajoz 28 de Febrero de 1909

Núm. 13

---

**SUMARIO:** Teoría de la verdad, por Prudencio J. Conde.—Don Favian de Torres, por El Marqués de Torres Cabrera.—Teorías místicas, por Enrique Vazquez Camarasa.—Necesidad de las relaciones de carácter pedagógico entre padres y maestros, por Rafael Morales. — Literatura regional (continuación), por J. López Prudencio.—Puesta de sol, por J. Díaz Macías.—La ocasión de amar, *Novela escénica*, (continuación), por Antonio F. de Lepina.—Legajo, por Balduque.—Pliego de Historia, de Documentos y de las obras completas de Diego Sánchez de Badajoz.

---

## TEORÍA DE LA VERDAD

---

No suele impedir la diversidad y aún oposición de los sistemas filosóficos el que convengan en una misma definición de la verdad; la conformidad entre el pensamiento y su objeto, ó según la fórmula escolástica: *adequativo intellectus et rei*; pero entre idealistas y realistas no puede menos de existir una diferencia profunda al interpretarla.

Hay, sin embargo, uniformidad de apreciación en el segundo término: por *intellectus* entienden todos el juicio, si se trata de la verdad formal; el espíritu, decían Aristóteles y los Escolásticos, llega á la verdad por vía de composición y de separación ó componiendo y dividiendo, lo cual constituye la esencia de juicio; hay conocimiento en un primer acto de la inteligencia, la simple aprehensión: pero no se puede afirmar que en él haya verdad, sino en cierto sentido impropio, en cuanto representa algo que puede ser referido á sí mismo y ser declarado verdadero; ó también como dice Santo Tomás: *veritas est in intellectu cognos-*

*cente quod quid est, ut in quadam re vera* (P. I. q. 16, art. 2) «circa quod *quid est* intellectus non dicitur. In cognoscendo quidditates simplices non potest esse intellectus falsus, sed vel est verus, vel totaliter non intelligit» (I. P. q. 17, a); para que haya error es necesario que se asocien notas incompatibles ó se separen las que deben estar unidas, lo cual pertenece ya al juicio. Para Hobbes el pensamiento es un ejercicio de adición y de sustracción; para Bain, una obra de discriminación de las diferencias y de unión de las semejanzas. Kant no parece admitir otro conocimiento que el producido por el acto de juzgar, que unifica los diversos elementos de la conciencia.

Y precisamente esa interpretación es la que viene á aumentar las dificultades del significado del otro término: *res* ú *objeto*; porque si se despoja á la verdad del carácter objetivo de la relación expresada por ella, se desvanece su concepto y quedará reducida á una pura apreciación subjetiva; mas por otra parte, si la verdad implica una relación, ¿cómo se establecerá esta sin que estén presentes al espíritu los dos términos de ella, el pensamiento y la cosa? ¿Es la cosa *en sí*, ó la cosa presente al espíritu, el concepto objetivo de los escolásticos, lo que ha de ser el término opuesto al *intellectus*, al pensamiento? No deja de ser frecuente el afirmar que la verdad exige la conformidad de nuestro espíritu con la cosa como es en sí, con la realidad exterior como ella es; para lo cual sería preciso que la cosa en su entidad física se trasladara á nuestro pensamiento (1), y como esto es imposible, el criticismo declara absolutamente incognoscible el mundo exterior, el *noumeno*. En efecto; si lo que se pretende es llegar al conocimiento de las cosas *en su estado absoluto*, se olvida el axioma fundamental ideológico de la escolástica: *cognitio fit, secundum quod cognitum est in cognoscente*; ó como dice Mgr. Mercier: «querer conocer una cosa, es querer que además de la entidad física supuesta en la naturaleza, haya otra cosa que esa entidad física, es decir, su representación por el espíritu; mas querer conocerla en el estado *absoluto* es querer que la representación no sea más que la entidad física; luego pretender conocer una cosa *absoluta* es querer que la entidad física y lo que no es ella sino su representación sean idénticas, ó sea identificar dos cosas contradictorias en realidad ese modo de entender el

---

(1) Kant, Prolegómenos, pág. 57.

problema crítico del conocimiento es propio del criticismo kantiano, que lo hace imposible y contradictorio como reconoce Weber. Claro es que la verdad completa de nuestros conocimientos no se justifica, si en su último término la representación que tenemos en la inteligencia no corresponde á las cosas; pero á la demostración de que esto es así ha de preceder lógicamente la de la verdad de nuestros juicios ideales, y como esta es independiente de la existencia de las cosas, *res* no debe significar en una definición general de la verdad sino el objeto inteligible.

Además, si se tiene presente que Kant y los idealistas no conceden al dogmatismo otro punto de partida para resolver el problema del valor de nuestros conocimientos, sino los datos internos de la conciencia, sólo éstos hemos de suponer admitidos en nuestra investigación; y prescindiendo del punto de vista metafísico ú ontológico, en el cual se supone la existencia del mundo exterior, el valor del principio de causalidad y por ello la existencia de Dios, fundamento último de toda verdad, analíticamente diremos que la verdad objetiva consiste en una relación de conformidad entre la cosa aprendida ya por el espíritu y la idea que esta cosa aprehendida puede suscitar en la inteligencia; y la verdad lógica en la conformidad de la relación entre uno ó muchos predicados atribuidos á un sujeto presente en el espíritu (según las exigencias ontológicas de este sujeto) ó sea la conformidad con la verdad metafísica. Por la simple aprehensión tenemos en la mente un concepto, una esencia inteligible, que aún siendo la más simple, el concepto de ser, puede referirse á sí misma y se formula el juicio más elemental, el principio de identidad: cuando es compleja, sus diversos elementos se difunden y, ya total, ya parcialmente, pueden ser puestos como predicados habiendo una exigencia radical en el primer concepto para que le sean atribuidos esos diversos elementos; esa exigencia es la verdad ontológica; la relación de identidad que en ella se contiene es objetiva, depende de la manifestación que de sí propio hace el objeto al espíritu, por lo que es representado en una segunda aprehensión ya total, ya parcialmente, por dos formas inteligibles; el primer concepto no es en sí verdadero, ni falso, aunque puede decirse verdadero *fundamentalmente*, en cuanto suministra el fundamento para una relación de verdad; pero ésta, *formalmente* exige que se establezca la relación entre el primer objeto aprehendido y el segundo, y reside en esa misma relación, constituyendo á la vez

la materia del juicio ó la verdad *lógica* en su acepción *material*; *formalmente* tiene lugar la verdad lógica cuando por el juicio se afirma la relación contenida en la verdad ontológica, ya uniendo, ya separando la segunda representación de la primera, según que la una convenga ó no á la otra; el juicio será falso en caso contrario.

Falta explicar el sentido de la palabra *æquatio*, que de ningún modo significa que el pensamiento agote el contenido de la realidad, que le es presentada, lo cual pertenece exclusivamente á Dios; ni aún que la conformidad entre el pensamiento y la cosa reclame siempre la presencia de esta misma para tomar directamente en ella los conceptos; por eso los escolásticos distinguen entre conocimientos propios é impropios ó analógicos; tampoco impide esa conformidad de la verdad que el objeto esté en nosotros *per modum recipientis*, lo mismo en el conocimiento sensible, que en el intelectual, sin que por eso deje de imprimir él su forma propia al sujeto; pues tan inexplicable sería que este al obrar no lo hiciera según su naturaleza, como que el objeto, no menos activo en el conocimiento que el sujeto dejara de obrar según la suya; no existiría para nosotros la verdad, si nos fuera imposible distinguir lo que es propio del objeto y atribuyéramos á éste el modo de ser que tiene en el pensamiento. Ciertamente que no siempre es fácil, sobre todo en el conocimiento sensible, hacer esta distinción; pero tampoco entonces se afirma que estamos en posesión de la verdad; y abstenerse de afirmar por falta de motivo suficiente, no es errar, ni declarar imposible la conformidad de que tratamos. Es *relativa*, pues, la verdad en este sentido, en el de nuestra nativa imperfección ó limitación para saber todo de nada. (1)

Lo que pudiera parecer, sin embargo, es que este modo de considerar la verdad sólo conviene á los juicios analíticos y no á

---

(1) En el T. I. de la *Revue philosophique* del año 1904 (p. 549) ha escrito Adriano Naville un artículo «Sobre la verdad», en el que tomando en un sentido estrecho la palabra *conformidad*, dice que la verdad sólo es absoluta cuando reproducimos el pensamiento, «pour que la vérité fût celà, pour que la pensée pût ressembler á son objet il faudrait que cet objet fût lui même pensée. De même que la matiere ne peut ressembler qu' á la matiere et que le sentiment ne peut ressembler qu' au sentiment, la pensée ne peut ressembler qu' á la pensée» (452); toda otra semejanza hace que la verdad sea relativa. Naville supone también que la conformidad ha de ser entre el pensamiento y la cosa como es en sí; y sus advertencias sirven para hacer ver que es falso ese modo de considerar la cuestión presente,

los de experiencia, tan numerosos é importantes; ó que tal vez se incurra en el error idealista, que niega valor á toda afirmación que se refiera á las cosas exteriores; mas empezando por esto último, diremos que nosotros no confundimos la cosa representada con nuestra representación, y que además de reconocer el valor objetivo de los juicios ideales, que es independiente de la existencia de las cosas, sostenemos que partiendo del principio de causalidad aplicado á las impresiones que el yo siente y que el idealismo no niega, podemos llegar á la afirmación legítima de la existencia de cosas exteriores á nosotros, que producen aquellas impresiones. En cuanto á la aplicación á las verdades de experiencia de la definición general que hemos dado de la verdad, nótese que la crítica tiene por objeto la afirmación formulada por la inteligencia, sea cualquiera el origen de los juicios en que la afirmación se expresa, pues la diferencia en cuanto al origen sobre las verdades de orden real y las del ideal depende únicamente de que sea una percepción ó la imaginación quienes ofrezcan el *substratum* sensible del sujeto del juicio; en uno y en otro caso el primer concepto, la forma inteligible del objeto se puede reproducir en un segundo concepto que será atribuido al primero, ya necesaria, ya contingentemente, lo mismo si se trata de cualidades, que de la mera existencia. Tomemos el ejemplo que Mgr. Mercier emplea en su polémica con el P. Folghera (1), cuando digo: Nuestra Señora de París es una soberbia Catedral gótica del siglo XIII; esta proposición supone en mi espíritu la presencia de este *objeto inteligible: Nuestra Señora de París*, que es extraído de un *substratum* sensible con el cual no deja de estar en conexión mientras se ejerce la actividad del espíritu, ya porque actualmente es percibido, ya por el recuerdo de su percepción; ahora bien, este objeto se convierte en un sujeto lógico que exige ciertos predicados; soberbio, catedral, gótico, del siglo XIII, y excluye otros; feo, casa, renacimiento del siglo XVI. Si se trata de un juicio de existencia, como *La Catedral de Nuestra Señora existe*, las condiciones lógicas de mi certeza son las mismas; juzgo que dadas las impresiones que experimento, es imposible que no exista Nuestra Señora de París.

Bien se echa de ver, sin embargo, que al exponer en esta for-

---

(1) *Criteriologie* ed. cit. pág. 425. El Folghera discute la teoría de Mgr. Mercier en la *Revue Thomiste*, Enero de 1900.

ma el origen de nuestros juicios, nos referimos á aquellos que han de ser objeto de la certeza filosófica; porque de hecho los adquirimos de muchos otros modos; pero cuando llega el momento de criticarlos, de buscar el motivo que justifique nuestra certeza espontánea en el conjunto de nuestros conocimientos, entonces la descomposición de cada objeto inteligible, convertido en sujeto lógico, en sus elementos para formular juicios en que le sean restituidos como verdaderos atributos, es lo que puede garantizar nos de estar en posesión de la verdad; mientras que si los predicados que antes juzgábamos pertenecientes á un sujeto, no aparecen incluidos en él, desechamos el juicio por falso, ó suspendemos el asentimiento hasta nuevo examen. ¿No es así como procedemos siempre que nos mueve el deseo de conocer la verdad? Suele faltar la paciencia, á veces el tiempo, es necesario obrar y la repugnancia de la mente á permanecer en la indecisión propia de la duda nos inclina á afirmar relaciones que en realidad no existen, ó por entonces no descubrimos.

Aunque sin entrar en largas explicaciones, opondremos á nuestra doctrina sobre la verdad lo que el subjetivismo kantiano enseña de acuerdo con su teoría de los juicios sintéticos *á priori*. Formados éstos por una tendencia ciega del espíritu, que aplica las categorías á las síntesis de las formas de la sensibilidad y de la materia indeterminada del objeto, no es este el regulador del juicio, ni para nada tiene que buscarse una conformidad del pensamiento con él, conformidad imposible, porque el objeto es irrepresentable como cosa en sí; tampoco merece el nombre de verdad la relación de identidad que hay entre el sujeto y el predicado de los juicios analíticos, por ser verdaderas tautologías, como ni la de los juicios de percepción, que sólo expresan una relación de dos percepciones á un mismo sujeto en un momento determinado; en cierto sentido, puede afirmarse que estos son siempre verdaderos, pues no cabe error en la apariencia de la impresión recibida, y que los analíticos tienen la primera condición de la verdad cuando están conformes con el principio de contradicción; pero unos y otros carecen de la relación á una cosa exterior, que es lo que constituye *el valor objetivo* de los juicios y á lo que llama Kant *verdad* del juicio, en cuanto está sometido á leyes de valor universal y según las cuales es permitido formularle *á priori*; por eso dice que la verdad consiste en la conformidad del pensamiento con las leyes que presiden á su forma-

ción; y si alguna vez parece coincidir con la definición tradicional, es porque supone que en último término las leyes del espíritu no tienen por efecto propio sino determinar el modo según el cual debe producirse la objetivación de nuestras representaciones (1).

Dijo muy bien Kant al decir que la verdad (como él la entendía), es una verdad *no sabida*; la más *sabida*, la de los juicios ideales, se rechaza como inútil por el fundador del criticismo, y admite la del juicio sintético *a priori*, que no sabemos por qué se forma. Como arriba decíamos en nota, el kantismo no manifiesta la razón de que á los diversos fenómenos les sean aplicadas unas categorías con preferencia á otras; por lo cual el orden que se supone comunicado por ellas á la materia informe de la sensación es inexplicable; y no lo sería menos si se admitiera que había ya un orden dado en la materia, pero que este nos era desconocido antes de recibir la aplicación de las categorías, pues tal aplicación sería igualmente ciega, *no sabida*; y un juicio, un conocimiento, una verdad lógica, que no *se sabe*, no es un conocimiento, es una contradicción en los términos. Creemos, en suma, que los llamados juicios experimentales no merecen, en la hipótesis kantiana, más que los de percepción, el calificativo de verdaderos, y que tan incapaces somos de establecer en los unos como en los otros una relación verdaderamente objetiva, siquiera para nosotros mismos, mucho más de explicar que todos los hombres juzguen del mismo modo (2).

PRUDENCIO J. CONDE.

---

(1) V. *Rev. Neo-Scholastique* (août, 1904) un artículo muy bien documentado de Sentroul, titulado *La vérité selon Kant*, p. 299-320.

(2) V. Janet: *Principes de Metaph. et de Psychol.* Paris, 1897, pp. 526-527.

# DON FAVIAN DE TORRES

---

Don Favian de Torres  
que se presente,  
que no es de caballeros  
andar ausente.

CANTO POPULAR.

## **A Villanueva de la Serena.**

Salud, ciudad querida que auyentas la tristeza,  
jarrón lleno de nardos, tapiz de Cachemir;  
sultana siempre joven que adorna tu belleza  
un suelo de esmeraldas, un cielo de zafir.

Arenas que recogen los rayos de la luna  
te prestan sus reflejos, cuando dormida estás;  
que tenga más encantos, no vi nunca ninguna,  
que yo no te he olvidado, ni olvidaré jamás.

Yo fui quizá el primero, sino el más inspirado  
poeta de tus glorias, amante de tu luz,  
yo soy el que más veces sus cuitas ha llorado  
al difumar las sombras tu gigantesca cruz.

La cruz que cual penacho del casco de un guerrero  
se hiergue de tu torre en lo alto del crestón,  
no porque no te vea, por eso no te quiero,  
que aun late de cariño por tí mi corazón.

### **La puerta de la Villa.**

En un delicioso valle  
perfumado por las auras,

que la primavera borda  
y que las flores esmaltan,  
cercada de pobre muro  
formado de leves tapias,  
con tres puertas que franquean  
á tal recinto la entrada,  
duerme la villa naciente  
de cuidado descuidada,  
de placeres anhelosa  
y de goces nunca escasa.  
Y des que cierra la noche  
hasta las luces del alba,  
queda segura la villa  
si están sus puertas cerradas.

Era ya puesta la luna  
cuando un cruzado de Alcán'tara  
por la puerta de la villa  
á trote largo cruzaba.  
Cansado lleva el tordillo,  
que debió ser la jornada  
fatigosa por lo dura,  
enojosa por lo larga.  
Sudoroso, con el polvo  
lleva la crin embarrada  
y la cola recogida  
para que el suelo no barra.  
Los hijares desgarrados,  
las impacencias delatan  
del ginete, que se viste  
valona de carriñana;  
castor muy grande con plumas  
mitad verdes, mitad blancas;  
hombreras con terciopelo  
que verde y rojo destacan;  
bombacho de veludillo,  
con las botas arrugadas  
y con grandes rosetones  
recias espuelas de plata.  
Se paró en firme el caballo

frente al retablo de ánimas  
y desmontó el caballero  
embozándose en la capa.

### La calleja de las ánimas.

Era noche de verbena;  
en la callejuela, escasa  
era la luz, y la sombra  
los celos agigantan.  
Sonó pausada la una  
y se acercó á una ventana  
un bulto negro que envuelve  
una larga y ancha capa.  
Se desembozó el amante,  
que como tal le acusaba  
la prisa con que acudía  
á aquella casa olvidada,  
triste, silenciosa y tétrica  
en noche de tanta zambra.  
Dió en el hierro de la reja  
con el puño de la espada  
de torcidos gavilanes,  
de buen temple y buena marca,  
la que le ha servido en Flandes  
para escribir sus hazañas.  
Pasaron breves instantes,  
largos para quien aguarda,  
y ya al galan le impacienta  
que la puerta no se abra  
como se abría otras veces  
antes que á Flandes marchara,  
y apalanca las maderas  
con la punta de la daga.  
Rechinó el hierro, en el hierro  
que le sirve de cerraja,  
y enseguida los postigos  
se abrieron de la ventana.  
Que aunque han pasado dos años,  
no pudo olvidar la dama

que tal seña y á tal hora  
fué el reclamo de sus ansias.  
La plática de la reja  
ningun escrito relata:  
dos besos murmuradores,  
una queja y una lágrima,  
y una sombra que proyecta  
el farolillo de ánimas.  
¿Quién es? pregunta altanero  
quien la sombra proyectaba.  
¿Quién va? Responde con brío  
el caballero de Alcántara.  
Yo soy Don Juan de Ontiveros,  
el marido de esa dama.  
Yo, Don Favian de Torres.  
Tan solo la sangre lava  
manchas que empañan la honra.  
Yo te la daré sin tasa,  
en la Cruz del Torrentero,  
solos y al nacer el alba.

### La Cruz del Torrentero.

En la mitad de un camino,  
de la villa no muy lejos,  
y próximo á la vereda  
que hoy apellidan del Viejo,  
junto al pago de Saldaña,  
dicen que hubo en otro tiempo  
una cruz que se llamó  
del Haba ó del Torrentero.  
Del Haba, porque da en raía  
al camino de ese pueblo;  
Torrentero. . aunque fué siempre  
un torrente, pero seco.  
Era esta, sitio apropósito  
para realizar encuentros  
en que estorban mas de dos,  
y en que se jugaba recio  
aunque siempre fuera á espadas

y á clavarlas en el pecho.  
 En tal sitio y cuando el alba  
 abre las puertas del cielo,  
 está Don Favian de Torres,  
 el hidalgo pendenciero  
 con una rodilla en tierra,  
 desordenado el cabello,  
 una mano en la cintura  
 y en la otra mano el sombrero.

—Yo no quisiera matarlo—  
 dice, y se hiergue soberbio:  
 —Pero que él me mate á mí—  
 por quien soy, viven los cielos  
 que fuera el primero que  
 ante mí se hubiera puesto  
 que no regara con sangre  
 de la garganta al colete.

—El es el amor de Blanca.—  
 Su amor nó, bien lo dijeron  
 no hace mucho sus congojas.  
 ¡Por Cristo vivo!, estoy viendo  
 que esta es la primera vez  
 que temo esgrimir el hierro.  
 Aunque apagada en la arena  
 se oye venir á lo lejos  
 un caballero embozado  
 en un negro ferreruelo.

—Al fin llegais.

—¿Es ya tarde?

—Es buena hora, Ontiveros.

—¿Comprendereis?—

—No razones

tan solo aquí valen hechos.

A muerte á espada y á daga  
 aquí solo habla el acero;

—y en guardia corta y cerrada  
 cayeron los dos á un tiempo.—

¡Que bien lucha Don Favian!

¡Bien se defiende Ontiveros!

Amaga el primero á fondo,

pára el segundo resuelto;  
pero una parada alta  
en que queda descubierto,  
y Don Favian la daga  
le mete en mitad del pecho.  
—Muerto soy, Jesús me valga.  
—Él tan solo puede hacerlo.  
—Debió dejarme esta noche  
que fuera de Blanca dueño.  
Dijo, y se alejó arrogante  
el hidalgo pendenciero.  
Después de mil aventuras,  
de mil trances novelescos  
siendo el calavera tipo  
de aquellos remotos tiempos,  
desapareció, y se ignora  
donde reposan sus huesos.  
Como fin de esta jornada  
cantaba después el pueblo:

Don Favian de Torres  
que se presente,  
que no es de caballeros  
andar ausentes.

MARQUÉS DE TORRES CABRERA.

---

## TEORÍAS MÍSTICAS

---

Recordará el lector por mi último artículo, la exposición que Piat hace de lo que podría llamarse problema místico moderno según la teoría intuicionista. Las sencillas observaciones con que al final de su estudio analiza el valor de esa teoría, sirven muy bien para desbrozar el campo donde se asienta y florece el genuino concepto de la Mística.

Se atribuye el origen de esos estados extraordinarios de que el Intuicionismo habla, á la insuficiencia de nuestra naturaleza, al grito infinito y profundísimo de perfección y de ideal que se levanta de lo más íntimo del alma al sentir el peso y el contraste de las pequeñeces é imperfecciones que la rodean. Pero tal manera de raciocinar no convence.

La insuficiencia de nuestra naturaleza puede ser una prueba de la inmortalidad del alma y de la existencia de Dios; pero del hecho de que Dios sea el término final de nuestras aspiraciones y complemento de nuestra vida, no puede deducirse que sea así mismo el objeto inmediato de nuestra conciencia por esa interior revelación soñada por el Intuicionismo. Ni es menos gratuito afirmar que las inquietudes anímicas á lo Pascal ó las emociones artísticas nos acercan la visión de lo Infinito entre las inenarrables luces del estado místico. Unas y otras serán, si se quiere, y repetidas veces lo hemos dicho, elementos preparatorios más ó menos remotos del misticismo, pero nunca verdaderos elementos genéricos. ¿Quién ha de negar que el Arte, digno de tal nombre, puede ejercer cierto linaje de ministerio religioso y moral, y que al desplegar sus alas por las alturas donde brilla con reposado pero irresistible destello aquella Belleza que dulcemente doraba

los sueños platónicos, arrastra en su vuelo á los espíritus y pone en ellos algo de las armonías que la música «sábiamente gobernada» de Salinas, hacía descender á los oídos del maestro León? Pero decir que la visión de Dios surge de la maravillosa perspectiva que abre á nuestra alma la contemplación de una estrella ó de un paisaje ó la audición de una obra musical, es sencillamente, prescindiendo de otras razones, afirmar un hecho en abierta contradicción con la experiencia. No demos al arte más importancia de la que tiene, con ser tan grande. Á este propósito apunta en mi memoria este interesante recuerdo citado por Tanneilé: «recordemos las lágrimas que derramó E. Heine á los pies de la Venus de Milo el día en que conoció por primera vez que tenía necesidad de apoyarse en algo más alto y más fuerte; el día en que ese alma de artista, esa naturaleza tan profundamente estética, sintió del modo más amargo la insuficiencia del arte que había sido su única religión y vió caer aquella belleza á la cual había tributado culto ardiente y único» (1).

En las verdaderas manifestaciones del misticismo, en los éxtasis por ejemplo de Sta. Teresa de Jesús, hay una lucidez, un sentido tan profundo de lo real, un género de amor á Dios tan subido y celestial, que es preciso buscar su causa, el origen de todos esos fenómenos, en algo más alto que todas esas cumbres que en su busca recorre el pensamiento filosófico. Cuando Dios toca el alma con las dulces eficacias de su gracia y el alma se incendia con el fuego de su amor, ni ella misma se explica su misma transformación. Analizar los problemas sobrenaturales con criterios meramente humanos, sería querer encerrar la inmensidad de los mares en el cauce de un río. El problema místico tiene su solución muy arriba, y por eso quien para resolverlo no se ilumine con la luz de la doctrina católica ó no lo resolverá nunca ó lo obscurecerá miserablemente con soluciones ridículas y absurdas.

ENRIQUE VÁZQUEZ CAMARASA,

Presbítero.

---

(1) Fragments sur l'art et la Philosophie.

## Necesidad de las relaciones de carácter pedagógico entre padres y maestros.

El hombre es el ser de la creación que desde el momento en que nace, necesita de más cuidados y auxilios de sus semejantes, porque siéndole imposible satisfacer por sí solo la más pequeña de sus necesidades, ni atender en lo más mínimo á ninguna de sus diversas manifestaciones, perecería si brazos amantes y cariñosos no acudiesen solícitos á proporcionarle todo cuanto hace falta á su débil naturaleza.

La mujer que desde el momento que siente los goces de la maternidad se desvive en proporcionar á sus hijos todos los cuidados y atenciones posibles, es el primer educador que Dios coloca en nuestro camino, para que sembrando en sus hijos, en unión del padre, la semilla de la virtud y del bien, germine, se desarrolle y fructifique lozana y exuberante, formando seres inteligentes, honrados y trabajadores.

Aquí tenemos, pues, los que colocan los jalones educativos de las futuras generaciones, los que labran y abonan el terreno de nuestra ulterior cultura, para entregarlo más tarde al maestro de escuela que continuando la obra de la familia si estuviese cimentada sobre sólida base, ó modificándola en lo que creyese conveniente, si por error ó ignorancia se hubiese asentado sobre un terreno falso y resbaladizo, pueda con discreción y perseverancia ir colocando las diferentes piedras que integran la grandiosa obra de la cultura nacional, uniéndolas por la indisoluble argamasa de la instrucción y de la enseñanza, para terminar el magnífico edificio de la educación de una manera sólida y duradera, que resistiendo los rudos embates de la ignorancia, el vicio y el error que, con impiedad y saña inaudita, pretenden destruir y

aniquilar lo que después de grandes esfuerzos y luchas titánicas hemos llegado á conseguir, siendo la base de la riqueza, bienestar, prosperidad y engrandecimiento de los pueblos.

El individuo es á la sociedad, lo que la célula al organismo. Si estas son fuertes y vigorosas, el cuerpo que formen será fuerte y robusto. Del mismo modo, si los individuos que constituyen la sociedad son seres robustos, inteligentes, virtuosos y trabajadores, la sociedad se desarrollará bajo todos sus aspectos, íntegra y armónicamente, alcanzando un grado sumo de esplendor, de cultura y de grandeza, que aumentaría como es lógico el bienestar y felicidad de sus individuos.

La familia es la encargada por la ley natural de recoger en su seno la célula social, ó sea el niño, empezando por desarrollar y perfeccionar su parte física, para que los músculos vayan adquiriendo fuerza, actividad y las proporciones debidas á la especie, facilitando la regularización de las funciones orgánicas del individuo, al propio tiempo que se procura el desenvolvimiento de todas las facultades de una manera progresiva y razonada, completando en cuanto nos sea posible la obra educativa de la infancia.

Llega un momento en la vida, que el padre, necesitando buscar fuera de la casa el sustento para su familia, y la madre ocupada en atender á las innumerables necesidades del hogar, se ven imposibilitados de atender á la instrucción y educación de sus hijos y buscan una persona que siendo culta, honrada y competente, venga á ser un segundo padre, que velando constantemente por la infancia, fortalezca y perfeccione su parte física, ilumine su débil inteligencia con los resplandores de las ciencias y las artes, dándole medios para luchar y vencer en el mar tempestuoso de la vida; desarrollo en su tierno corazón, sentimientos nobles y cristianos, sujetando las pasiones con el potente freno de la razón y formando su carácter y personalidad, llegue hacer del niño el hombre del mañana, conocedor de sus derechos y fiel cumplidor de sus obligaciones y deberes.

Siendo el maestro el que continúa y perfecciona la obra de la familia, es de necesidad imprescindible que conozca hasta en sus menores detalles la educación que se dá al niño en la casa, para que apoyándose la una en la otra y marchando de común acuerdo, den los frutos que son de esperar en favor de la misma, no malográndose los esfuerzos y desvelos que emplea el pacientísimo educador.

Una de las leyes de las fuerzas físicas dice: «Que dos fuerzas que actúan sobre un punto y en el mismo sentido, dan por resultante, la suma de dichas fuerzas. Y dos fuerzas contrarias que actúan sobre el mismo punto, dan por resultante la diferencia de las mismas, destruyéndose si fuesen iguales.»

Esto mismo ocurre en la obra educativa. Esta no es individual, sino de naturaleza colectiva, reclamando comunicación continua entre todos los que buscándola por distinto camino, procuran llegar al mismo punto de convergencia.

Así pues, los padres y el maestro debe ir movidos por un mismo impulso, por una misma aspiración y dirigidos á conseguir un mismo bien; para esto es necesario que la actividad de ambas partes se reúna y se le imprima una dirección fija y constante, para que de por resultado una suma de todas las energías, equivalente al conjunto de todas las empleadas por padres y maestros.

Si por ignorancia ó negligencia, no cumpliesen ambas partes con los deberes que se ha impuesto, y se movieran sin previo acuerdo de sus voluntades, los resultados serían poco satisfactorios; destruyéndose recíprocamente si por desgracia marchaban en sentidos opuestos, acusando cuando mas un pequeño beneficio igual á la diferencia entre las acciones familiar y escolar, del lado de aquella que fuese más intensa. De aquí nace la imprescindible necesidad de las relaciones de carácter pedagógico que deben existir entre padres y maestros, para que estando en continua comunicación, puedan manifestarse mutuamente los vicios y defectos de los niños, y de acuerdo ambos contribuir de una manera eficaz á modificarlos ó extirparlos en cuanto les fuese posible. Por el contrario, si en el niño se manifiestan buenas tendencias hacia la virtud y el trabajo, despertando sus diferentes aptitudes y formando su vocación, podrán destruir los obstáculos que se opongan á estas manifestaciones, favoreciendo el desarrollo de las mismas, al propio tiempo que, con base firme y segura se acuerda cual ha de ser el motor que le ponga en actividad, impulsándole por el camino que piensa recorrer en la sociedad.

Siendo el maestro cooperador activo de los padres en la obra de la educación familiar, es al mismo tiempo continuador de dicha obra para entregar á la sociedad individuos que continuando en el camino iniciado, puedan llegar al grado sumo de perfección de que son susceptibles. De este modo, la educación social acudiría á completar y perfeccionar la obra de la familia y de la escuela, haciendo del niño hombres laboriosos, morales, inteligentes y trabajadores.

Por desgracia, en nuestra patria, estas relaciones entre padres y maestros son casi nulas, por desconocer unos y otros, cuan beneficiosas son para la obra de la educación.

Los padres, por lo general, tienen en el más lamentable olvido la educación de sus hijos, y raro es el que se preocupa, pregun-

ta ó se molesta en visitar la escuela, para enterarse del estado de adelanto ó progreso de los mismos.

Creer que la escuela es el lugar de refugio de los niños para verse libres de sus travesuras y poderse dedicar libremente á sus respectivas ocupaciones. Interin se tenga idea tan pobre de la escuela, y no se vea en ella el templo ó el taller en donde se forman los verdaderos ciudadanos, es imposible que esas relaciones, si existen, dén resultados positivos y beneficiosos.

El padre si pregunta alguna vez por sus hijos, lo hace para indicar al maestro que no le enseñe gramática, geografía, ni materias que ellos creen no son de utilidad. «Señor Maestro, mi hijo con que sepa leer, escribir y contar, tiene bastante para ser un labrador.» ¡Qué ignorancia y qué idea más pobre de la escuela!

El maestro, por otro lado, herido en su amor propio, al ver tal apatía, ignorancia y hasta indiferencia y desprecio de los padres, no procura tampoco difundir y estender dichas relaciones, que después de todo, á nadie más que á él habían de favorecerle, puesto que de ese modo vencería mejor los obstáculos que se opusiesen á la marcha de la enseñanza.

Es necesario que el maestro dejando á un lado su amor propio, y solo viendo el cumplimiento de su sagrado ministerio, vaya llevando al ánimo de los padres, de una manera insensible, la conveniencia de estas relaciones, cultivándolas todo cuanto le sea posible en beneficio de la infancia, entregada á su dirección.

Para esto, puede aprovechar todas las ocasiones favorables que se le presenten en los paseos escolares, visitas á fábricas, talleres, campos de experimentación agrícola, etc., en donde encontrará á los padres de los niños, siéndole fácil entablar conversación con los mismos sobre asuntos relacionados con el trabajo que estén practicando, para después con mucha discreción hablarles de sus hijos y de la necesidad de su educación, para que sean cultos é instruidos, á la par que se les hace toda clase de consideraciones en favor de la asistencia escolar, y de lo facil que resulta la corrección de ciertas faltas y defectos, marchando de acuerdo los padres y el maestro.

Asimismo, y en ocasiones de enfermedades, el maestro, cual padre amante y cariñoso, debe ser el primero en visitar á sus discípulos, arrojando en la familia la semilla de estas relaciones que en dia no lejano, fructificará produciendo abundantes y ópimos frutos.

Con motivo de los exámenes, debe invitarse á los padres para que presencien dichos actos y vean los resultados obtenidos en la educación é instrucción de sus hijos. Será fácil que la primera vez no vaya ninguno por las causas apuntadas; pero persistiendo en nuestra actitud una y otra vez, conseguiremos que sino todos, la mayor parte asistan á estos actos, tomando amor á las cuestiones de educación y enseñanza, y como consecuencia lógica, que se interesen por la educación y cultura de sus hijos.

Por experiencia, sé que todo esto practicado con discreción y constancia, da resultados positivos y beneficiosos, como me sucedió en la escuela que por espacio de siete años tuve el honor de dirigir. Allí, conseguí que la mayor parte de los padres se interesasen por la educación de sus hijos, preguntando con frecuencia por ellos, visitando la escuela y asistiendo á los exámenes, donde ellos apreciaban á su modo la labor realizada por el maestro y los resultados obtenidos por sus hijos.

Aprovechaba estas oportunidades, para demostrarles de una manera fácil y persuasiva, los beneficios que se obtienen en todos los órdenes de la vida por medio de una buena educación y sólida instrucción, consiguiendo que la asistencia á la escuela fuese mas regular, quitando así uno de los mayores obstáculos que se oponen á la marcha progresiva de la enseñanza.

Los niños observaban que al establecer estas relaciones, les era mas difícil eludir el cumplimiento de sus deberes escolares; que la menor falta era corregida en la escuela al mismo tiempo que en la casa, contribuyendo ambas reprensiones á la enmienda en el desliz más insignificante que cometían.

Del mismo modo, el maestro debe establecer y cultivar relaciones mútuas con las autoridades, para, quedándole fuerza moral, vencer más fácilmente los obstáculos que á cada momento se le presenten dentro y fuera de la escuela.

Logrando, pues, estas relaciones entre autoridades, padres y maestros; sentando la instrucción sobre sólidas bases; haciendo que la enseñanza sea todo lo intuitiva y racional posible; difundiendo los juegos, paseos, excursiones y colonias escolares, en que se manifiestan y desarrollan las aptitudes del niño, habremos echado los indestructibles cimientos de la educación nacional, consiguiendo que la célula social sea todo lo fuerte y vigorosa posible, dotada de los principios químicos necesarios é indispensables para que unidas todas en estrecho é indispensables lazo, contribuyan al orden, desarrollo y perfección de la sociedad.

RAFAEL MORALES.

Badajoz 2 Marzo, 1909.

---

# LITERATURA REGIONAL

---

Antes de proseguir la anotación de las observaciones que, á grandes rasgos, me propongo exponer en estas páginas, respecto á la homogeneidad y constancia con que en nuestros literatos regionales se dan notas características que revelan la personalidad perfectamente concreta y definida de nuestro genio artístico, he de detenerme en examinar la labor de un literato de Badajoz, más nombrado en los libros de literatura, que conocido directamente, á causa de la rareza y escasez con que circulan sus obras, dos de las cuales han llegado á mis manos al fin, gracias á la competente diligencia de D. Antonio Arqueros, á cuya cultura y amor á las letras debe ya la bibliografía extremeña meritisimos servicios, haciendo venir á su importante librería los más raros ejemplares de las obras de nuestros literatos, é iniciando, en sus talleres de tipografía, empresas tan laudables y tan arriesgadas en estos tiempos, para sus intereses, como la edición de esta *Revista*, y otras aventuras de más monta y mayores peligros económicos que, Dios mediante, acometerá en breve.

Y dicho esto en honor del inteligente bibliófilo y librero activísimo que sabe enriquecer las bibliotecas de este apartado rincón, con los ejemplares más raros en el mercado nacional de libros, y aun en el extranjero, he de decir cuatro palabras respecto á una de sus últimas adquisiciones, que es el tomo del *Tesoro del teatro español*, en que, entre otras varias joyas de nuestra dramática, publicadas como apéndice á los *Orígenes del Teatro* de Moratín, figuran la *Comedia Selvaje*, como la llama aquel ó *Salvaje*, como se lee en la edición reproducida en este libro, y la *Metamorfosea*.

Nada concreto conozco de la vida y circunstancias de este autor, aparte de su vecindad en Badajoz que con tanta insistencia repite en las ediciones antiguas de sus obras hechas en Sevilla y en Valladolid, cosa que denuncia su naturaleza, si bien no pierdo esperanzas de hallar algún dato á él referente, en los inexplorados archivos de esta capital.

Pero la lectura de sus obras me ha confirmado una vez más que no hay, ó son muy pocos, los escritores extremeños en que no

aparezcan aquellas notas culminantes de nuestro carácter regional, «el extremeño, seco y cetrino de la raza de los Alburquerque y Pizarros, que tan fieramente estampó sus huellas en las pagodas indostánicas y en los templos de los hijos del Sol», como dice bellamente Menéndez y Pelayo, al observar las conexiones que con el genio regional de Extremadura tiene Gil Vicente; y sean estas palabras del maestro por excelencia de la crítica española nuevo testimonio de que no es un mero espejismo de nuestro amor regional la existencia de las notas peculiares que, al genio literario y artístico de Extremadura, dan relieve típico y determinado, patente á la vista penetradora y clara del eminente maestro, el cual no podrá ser tildado, ni de incompetente para hacer estos juicios, ni de parcial en favor de esta región con que no tiene relación alguna.

Nada me atrevería á afirmar en concreto respecto á la fecha fija en que se deslizó la vida de Romero de Cepeda, mientras no haya mas razones que la fecha de la impresión de sus obras para determinarla, si bien, para afirmar que su vida transcurrió toda dentro del siglo XVI, hacia su segunda mitad, pero sin prolongarse al siglo siguiente, no hace falta ese dato, sino que basta la lectura de sus obras.

Revelan en efecto todas ellas á un hombre de aquel tiempo, versado en las letras clásicas que le inspiraron el *Infeliz rapto de Elena*, y que le da el aire que orea hasta la imitación servil de *La Celestina*, que hace en las dos primeras jornadas de la *Comedia salvaje*, y en la pastoril *Metamorfosea* que tan á lo vivo recuerda los sentimentalismos románticos de los pastores de la última época de Juan del Encina y los de Lucas Fernández.

Es verdad que, en cuanto á la primera de las obras citadas, nada tiene de extraño esto, puesto que en la misma *Celestina*, de donde procede, se nota, sin perjudicar su originalidad, la cultura clásica de su autor, difundida, no solo en la inoportuna erudición de los parlamentos, sino en el desarrollo de algunas escenas, dibujo de tipos, sobre todo de ramerías y criados, y hasta en los nombres de de estos, casi todos usados y repetidos en las obras de Plauto y de Terencio.

Pero también á la antigüedad clásica ha acudido nuestro autor para algunos nombres de sus tipos, como si quisiera hacerlos más bien hermanos que hijos de los de su modelo.

No es por esto que pretenda yo negar la procedencia, mejor dicho, la imitación, que en esta parte de la *Comedia Salvaje*, hace Romero de Cepeda de *La Celestina*, ni siquiera reducirla á la relación que esta joya de nuestra literatura tiene con todos sus antecedentes en España y aun en la literatura clásica, nada de eso; ni la apuntada semejanza de las escenas lupanarias de la obra de Rojas con las del teatro latino, aunque no suelen tener en este tanta desnudez, ni la afinidad de los tipos de baja estofa, ni siquiera la relación del tipo de la *Celestina* con la *Dipsas* de

Ovidio, reaparecida en el *Pamphilus de documento amoris comædia*, de donde brota vivo y robusto el tipo de la D.<sup>a</sup> *Trota conventos* del Arcipreste Juan Ruiz, rebajan en nada la consistencia eterna y verdaderamente propia de la *Celestina*, que solo encuentra rivales, no que la superen en vida real, pero que la igualen, en las creaciones de Cervantes ó de Skakespeare.

No, la *Gabrina* de Romero de Cepeda es la misma *Celestina* de Rojas, no una derivación ni un desarrollo aquel tipo que no permitía ya mas perfección y acabamiento que el obtenido del inspirado buril de su creador, así como el *Anacreo*, *Arnaldo* la *Ablina* y la *Lucrecia* de Romero Cepeda, en las dos primeras jornadas de la *Comedia Salvaje*, no son mas, respectivamente, que el *Calixto*, *Plebirio*, la *Alisa* y la *Melibea* de Rojas.

Pero aun en esta misma parte de su obra, en la que quizá no exagere mucho Moratín al decir que no hizo Romero de Cepeda mas «que extractar en versos fáciles los cuatro primeros actos de la *Celestina*», aparece perfectamente destacado el temperamento psicológico que distingue á la inspiración literaria de nuestra región, en las duras invectivas que lanza el autor contra las costumbres, y aun contra el orden social de su tiempo.

Es verdad que el modelo á que se ajusta es una acerva sátira, tan violenta como lo fué la de Juan Ruiz, para la sociedad de sus respectivos tiempos; pero tanto una como otra son sátiras burlonas y alegres, que tienen un regocijo, si no revelador de complicidad, lleno de una tolerancia que se parece mucho, ó mejor dicho, disimula mal la complacencia.

Lo mismo Rojas que el Arcipreste necesitan decirlo, el uno por sí mismo y el otro por boca de sus personajes, para que no se eche á mala parte el esparcimiento con que se deleitan en reproducir las escenas de libidinosa disolución que tan desnudamente trazan.

Las reflexiones morales que tanto abundan en los largos discursos de la *Celestina*, ya corroboradas con testimonios de los filósofos, ó textos de la Escritura ó de los Santos Padres ó con la inacabable riqueza de adagios populares que amontona, son siempre apacibles, serenas y bondadosas, jamás en tono de protesta airada ó de virulenta mofa, mas bien en tono sacarronamente lamentoso, ó cuando mas, de resignada queja ó reconvención dulce.

Pero en ningún caso se llega, ante las contrariedades que agobian á una determinada condición social, á protestas tan vivas como esta en que prorrumpe el fámulo del enamorado *Anacreo* ante las larguezas de su amo para con la tercera *Gabrina* exclamando:

«¿No notais cuan liberal  
Anacreo agora ha sido?  
Para mi que le he servido  
Jamás tiene un real.  
A la viejeza echacuervos

Haldas luengas retaimada,  
 La paga fue adelantada  
 Mas no la queda á aus siervos,  
 Para mal siempre hay dineros  
 Para bien todo es estrecho  
 ¿Quien dejase su provecho  
 Por servir á caballeros?»

Y no se crea que es esto un mero desahogo aislado, sugerido por la envidia lógica en un siervo ruín, al ver larguezas de su amo para con otra persona, porque estas protestas de la servidumbre, y de lo mal que la pagan los caballeros, la repite *Rosío* más elocuente y encendida en este otro pasaje:

«¡Qué vida tan importuna  
 Es servir á estos pelados,  
 Reñidos y deshonrados  
 Si les faltais vez alguna!  
 Por una calza ó jubon  
 Mugriento raído y viejo  
 Os desuellan el pellejo  
 Y os lo pagan con baldon;  
 La noche y el día ocupado  
 En servir casi difunto  
 Y en faltándoles un punto  
 No hay luego mas mal criado.  
 Poneis por ellos la vida  
 dos mil veces al tablero,  
 Y con ánimo severo  
 Servis de rota batida;  
 Y si acertais á estar mal  
 Que no lo podais servir,  
 Podeisos allí morir  
 O iros al hospital

Y más dura y gravemente insiste en esta acibarada protesta de la servidumbre, la vieja *Gabrina*, ante el cadaver de *Rosío* exclamando:

¡O desdichados agüeros  
 Y quien del mundo fia nada!  
 Tú muerto, yo encorazada  
 Por servir á caballeros!  
 Ejemplo tomad aquí  
 Los que en servir teneis nombre,  
 Que en hoto del conde al hombre  
 No mates, son veíslo allí.

Esta acerbidad y truculencia de frase para protestar de la dure-

za de la servidumbre y denostar la crueldad de los poderosos en aquel tiempo, es la nota más significativa de la personalidad que distingue al genio literario de este autor, audaz y displicente con el medio social en que se mueve.

Y no es que por esto contemporeice y se avenga con los defectos de los humildes, quien así fustiga á los poderosos; véase cómo en boca de *Anacreo* pone también invectivas contra aquellos que no ceden á estas en dureza:

Después que hinchen los sacos  
No hay más cuenta con servir  
Digo cierto que es morir  
Dar de comer á bellacos.

.....  
Que si teneis un criado  
Un año á vuestro servicio  
Luego lo toma por vicio  
Ser importuno y pesado.

.....  
Vayanse los ganapanes  
Que en hallandose vestidos  
Contentos y mantenidos  
Luego se hacen haraganes.

Y he aquí como arremete con el sistema de educar y vivir las doncellas en aquellos tiempos, con estas palabras que pone en boca de *Lucrecia*:

¡O endiablada costumbre  
Nacida de lucifer,  
Que el marido á la mujer  
No conozca aunque con lumbre!  
Las doncellas encerradas  
Con aqueste paramento  
Tenemos atrevimiento  
Salir fuera disfrazadas.

¡Cuántas como yo aun han sido  
Que en el estado de mozo  
Solo por este rebozo  
Perdieron tener marido!

Pues este es el tono constante en que Romero de Cepeda fustiga á las clases, estados y costumbres de su tiempo, haciendo estallar el látigo de su austera severidad sin distingos ni contemplaciones. Como Torres Naharro, como Diego Sanchez, como todos los literatos extremeños, aun en esta parte de su obra que es mera imitación, rayana con el plagio, deja destacarse su temperamento austero, indisciplinado é inexorable con los defectos del ambiente en que vive y hace vibrar, ya severa, ya sarcástica, pero siempre implacable y dura la protesta, con arrogancia y sin temores,

Y no es que sea el alma de este escritor árida y seca para las emociones artísticas, y solo accesible á las rectilíneas prescripciones de la austeridad moral que la subyuga; sin apelar á los dulces acentos amorosos de los pastores de la *Metamorfosea*, en la misma *Comedia Salvaje* tiene su musa delicadas expansiones, de las que puede servir de muestra este bello romance que pone en boca de la desdichada *Lucrecia*:

«Yo, Lucrecia, sin ventura  
 Que en desdicha fué engendada  
 Por amar á mi Anacreo,  
 A muerte soy condenada.  
 Llorá, pues mis tristes ojos  
 Que ventura es acabada  
 ¡Ay de tí, mi padre Arnaldo  
 Ay mi madre tan amada!  
 Que hoy perdeis vuestra hija.  
 Lucrecia la desdichada  
 Sola va por este monte  
 De desdicha acompañada  
 Donde habitaban salvajes  
 Gente cruel y malvada;  
 Aquí acabaré mis días  
 Sin ser de nadie buscada.

Donde suenan los acentos ingénuos del romancero y se sienten las auras de espontánea y tierna sencillez de la musa popular de la edad media, con todos los aromas de ruda naturalidad y sincera y honda emoción que la distingue.

El desabrimiento esquinoso del genio literario extremeño se revela contra las rutinas sociales, los moldes artificiosos, las decadencias ó las corrupciones, las injusticias ó los vicios, pero no es hijo, en modo alguno de sequedad de espíritu ni de aridez de sentimiento, ya lo hemos observado en la delicada ternura amorosa de Torres Naharro, tan implacable é indómito en la sátira, y lo iremos observando en los demás escritores de más nota cuya labor me propongo estudiar en estas páginas ligeramente, si Dios me ayuda y los lectores y el bondadoso y culto Director de esta Revista no me desamparan de su benevolencia.

Y en cuanto á Romero de Cepeda, precisamente las dos últimas jornadas de su *Comedia salvaje*, aquellas en que se desliga de las huellas del modelo, y como si estuviera su fantasía agobiada y constreñida y ganosa de retozar por sí en las regiones de los sueños, rompe, á campo traviesa, con brava y lozana gentileza que tanto molesta á las severidades retóricas de Moratín, precisamente, en esa parte que es la más espontánea, la más original y propia, la menos juiciosa, pero no la menos bella de su obra, es donde se notan vibraciones más hondas y delicadas de una inspiración llena de sinceras ternuras y hondos sentimientos.

La acción, no puede negarse, es algo extravagante, aunque no incongruente con las fábulas que se acostumbraban á engendrar en las obras en que se nutrieron Juan del Encina, para sus aventuras de *Placida y Vitoriano*, y *Fileno y Zambardo* y Lucas Fernandez para las de su sentimental doncella y galan caballero y aun el amoroso y rendido pastor *Prabos* de sus dos *Farsas* ó *cuasi comedias*, sin que por esto quiera yo decir que hay con ellos identidad, ni siquiera semejanza en lo que se refiere á la trama, sino en la orientación, tono, ambiente y sistema de concebir y expresar los efectos y de llevar su intensidad á los fantásticos confines de un romanticismo trágico nebulosa y rudamente sentido; pero que en nuestro poeta tienen una sinceridad muy distante de los amaneramientos artificiosos y afectados tan comunes á toda la numerosa descendencia del erotismo de la *Carcel de Amar*.

Y en cuanto á la *Metamorfosea*, la soltura encantadora de la versificación cuya fresca lozanía hace perdonar su proligidad, desproporcionada con la trivialidad del asunto, es uno de tantos coloquios pastoriles en que de una manera original se trata el tema de la *Cuestión de amor* de Lope de Rueda, llegando, aunque con total diversidad de camino, y sin propósito deliberado, á lo que Cervantes se propuso mucho despues en su comedia *Entretenida*, es decir, á componer una obra representable, llena de amorios y que acaba sin matrimonio; por cierto que en la última escena de esta comedia cervantina hay bastante aire de semejanza con la *Metamorfosea*, en la que se encueta también este pensamiento:

Pues en los nidos de antaño  
Aliso, no se hallan ya  
los pajaricos ogaño

que en ocasión tan solemne y tan soberanamente artística pone en boca de D. Quijote el príncipe de los ingenios.

Pero no tiene razón Moratín al reprochar en su catálogo la falta de desenlace á este coloquio, porque no se pretende en él otra cosa que manifestar las crudezas á que se expone el alma que se deja vencer por el amor, como lo dice expresamente *Medoro* en los últimos versos de la obra, exclamando:

Nadie se fie del amor  
Nadie le guste ni atienda.  
Antes se aparte y defienda  
Convidalle á este traidor  
La ocasión de su contienda  
Que es un tirano traidor  
Que con blanda persuasión  
Engendra acá una aflicción  
Mas despues queda señor  
Del alma y del corazón.  
Y si alguno de atrevido  
Se metiese en tal cuidado

El fenecerá su hado  
Triste, amargo y dolorido  
Con que quedará pagado.

Conclusión parecida á la de la *Cuestión de Amar*, que acaba con estos versos:

Buscando venimos  
Remedio de amores  
Volvemos peores,  
Soltad pastores  
Soltad el amor  
Por haber fervor.

Pensamiento repetido en mil tonos y maneras desde el *Diálogo del amor y un viejo*, de Rodrigo de Cota.

No creo verosímil que sean estas dos las únicas producciones dramáticas de Romero de Cepeda, dada la soltura y facilidad con que están hechas; acaso algún día se descubran más frutos de su ingenio ó se compruebe que son suyas algunas de las que hoy figuran como anónimas, del mismo modo que figuró mucho tiempo la *Metamorfosea*, y la farsa del *Matrimonio* de Sanchez de Badajoz, hasta que se descubrió la *Recopilación en Metro* que comprobó su procedencia, y otras muchas cuya paternidad ha podido determinarse mediante las modernas investigaciones.

Y si algún día tenemos esa fortuna, seguramente que las nuevas obras que se conozcan de este ingenio dejarán apreciar, como éstas, la enérgica personalidad regional de su inspiración artística, tan acentuadamente como se revela en las hasta ahora conocidas.

El deseo de dar algunas noticias de este autor, tan poco conocido hoy en Extremadura, me ha obligado á detenerme más de lo que hubiera querido y de lo realmente necesario para proseguir la labor que me he propuesto llevar á cabo en estas páginas, recorriendo la producción literaria de la región á grandes rasgos, para comprobar la existencia real y definida de la acentuada personalidad literaria de Extremadura; pero no he podido resistir á la tentación y suplico á mis lectores, si los tengo, que perdonen este pecado, en que me propongo no caer más.

J. LOPEZ PRUDENCIO.

*Post scriptum.* Son varias las erratas que se han deslizado en los dos artículos que «Sobre el Teatro Nacional» he publicado, á causa de la precipitación con que se hicieron y las circunstancias tan atropelladas para mí en que vieron la luz pública. La cultura de mis lectores las habrá sabido subsanar; pero hay una en la página 372 en que, á causa de haberse omitido la última línea de una cuartilla, parece que le atribuyo á Tirso de Molina *El desden con el desden* y *El Lindo D. Diego*, diciendo: *El desden con el desden, El Lindo D. Diego* y demás comedias de Tirso, habiéndose omitido una línea que decía: «de Moreto y *El vergonzoso en Palacio, D. Gil de las calzas verdes*» y demás comedias de Tirso.—J. L. P.

## PUESTA DE SOL <sup>(1)</sup>

---

En los tomillares  
Que bordan la sierra,  
Allá en lo más alto,  
Mirando al naciente,  
Tengo yo una casa,  
¡Qué casa tan bella!  
¡Parece en el monte  
Un copo de nieve!

---

Lejanas las huertas,  
Aquí los viñedos,  
Allá en las colinas,  
Los tristes olivos,  
Y forman contraste  
Con tonos diversos,  
Manchas de amapolas  
Y morados lirios.

---

Las brisas me suben  
Acentos y aromas;  
Mi vista recreo  
Mirando la vega;  
¡Que fértiles prados!  
¡Las flores los bordan...!  
¡Es el cielo limpio  
Dosel de mi tierra!

---

Desde aquella cumbre  
Contempla mi alma,  
La luz que agoniza  
Con dulce congoja;

Su rayo postrero,  
Temblando resbala...  
¡Y besa las flores...!  
¡Y mueve las hojas...!

---

El último aliento  
Del día que muere,  
La llama rojiza  
Que llena el espacio  
Es lumbre extremeña,  
Es lluvia de oro,  
Que manda hasta el suelo  
El Rey de los astros.

---

Las sombras se extienden,  
El cuadro se borra,  
Se apagan los ecos  
Del ave que canta,  
Y llega la noche,  
La noche medrosa,  
Y el campo está triste  
Y está triste el alma.

---

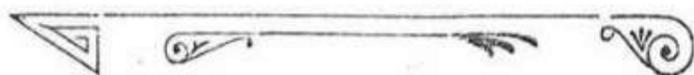
¡Ay dulces ensueños  
Que alegran la vida!  
¡Bellas esperanzas  
Que se van y vuelven!  
Yo os siento en la altura  
Que el valle domina,  
¡Cuando el día nace!  
¡Cuando el día muera!

J. DÍAZ MACÍAS.

---

(1) Del libro en preparación «Tierra Extremeña», con un prólogo del señor Tamayo y Zamora.

# Legajo



Hay notas tan desagradables, que dudamos si archivarlas en este legajo, ó dejarlas que se extravíen, que se pierdan en la noche de los tiempos; en el batallar incesante de la vida; en el suceder continuo de los días, de los meses y de los años, siempre con nuevas impresiones, siempre con emociones nuevas, siempre con algo ya triste ó ya alegre que nos haga dar al olvido lo anterior.

Pero consideramos enseguida cual es nuestro deber de cronistas fieles, de archiveros de todo lo que por su importancia merezca la pena de recogerse para que sirva á las generaciones futuras, si no de fuente de estudio, por ser esta sección harto ligera, de arsenal donde pueda advertir salteadas sintéticas noticias de las epidemias que afligieron á este pueblo, origen y desarrollo que alcanzaron, é imbuidos de este juicio no podemos menos de declarar que en el mes de Febrero del año de gracia de 1909, visitó Badajoz el tifus exantemático que por la misma fecha hacía buen número de víctimas en Madrid, llenando de preocupaciones á las autoridades y al vecindario de la coronada villa.

Según todos los informes, hizo su entrada en nuestra capital la terrible, la odiosa dolencia, en la primera decena del referido Febrero, y las invasiones tuvieron lugar del 9 al 11 del mismo mes.

¿Cual fué el vehículo conductor del *vacillus* tífico? De las investigaciones hechas, que tienen todos los caracteres de racionales, se infiere que el germen de enfermedad tan horrible fué transportado á Badajoz por unos mendigos procedentes de la capital de España. Esos mendigos estuvieron en el Gobierno civil para demandar las cartas de socorro, y allí invadieron á un individuo de la benemérita que dejó de existir; vinieron luego al palacio municipal, y en él dejaron también el microbio del tifus, para que lo recogieran la mujer del portero Caro, el contratista del empedrado de las calles don Juan Arias y el mismo Alcalde, que tuvo la desgracia de sostener con ellos, al salir, un ligero diálogo, pagando todos, cual antes, cual después, su tributo á la muerte.

Hace más fundada la suposición de que esos pobres fueron conductores del germen tífico, dejándolo en todos los lugares donde estuvieran, el hecho de que en la casa de recogidos donde hicieron noche, también tuvo lugar, por los mismos días, otra invasión, por fortuna no acompañada de triste desenlace.

El hecho de haber tenido lugar en los mismos días catorce ó diez y seis invasiones, y recaer una de ellas en la personalidad del joven y malogrado Alcalde D. Alfonso Soriano, fué motivo de gran alarma en los vecinos, que temieron por la vida propia y la de los suyos, al desarrollarse la mortífera dolencia, y arraigar al calor de la poca limpieza de muchas de sus calles y de la poca higiene que se observa en ellas y en otras cuestiones que afectan de un modo directo á la salud del pueblo.

La alarma, si tuvo fundamento en su origen, debe desaparecer y puede decirse que ha desaparecido hoy, al conocer la opinión, de ciencia cierta, que no se dió ningun nuevo caso de tifus, y que los invadidos de la fecha de Febrero ya indicada, fuera de las víctimas que citamos y alguna otra, entraron en franca convalecencia.

\* \* \*

Coincidiendo con la epidemia del tifus que amenazó á Badajoz y que afortunadamente para su vecindario, se ha contenido y casi no ha pasado de eso, de amenaza, y quizá como consecuencia de eso, se ha presentado al Ayuntamiento una moción sobre higiene y saneamiento de la ciudad, que firman tres concejales, los Sres. Paniagua, Cuello y Arqueros, moción que publicaron algunos periódicos de la capital y que de cierto fué leída con simpatías por el vecindario de la misma.

Abarca la proposición de referencia el estudio de los defectos del alcantarillado y medios de remediarlo; la terminación de la red general del mismo y desagüe en el Guadiana en condiciones de asegurar la perfecta evacuación de las materias fecales; el planteamiento de un sistema higiémico de evacuación para las calles cuyo nivel no permite acometer á la red general; elevación de agua del Guadiana á depósitos exclusas, convenientemente situados, para poder limpiar toda la red de alcantarillas y establecer riego en el circuito urbanizado; transformación por otro más higiénico, del sistema de pavimentación; establecimiento de filtros modernos para el agua del canal, cubriendo este desde la entrada en la conducción del agua filtrada, y solicitar de quien proceda la adjudicación, cesión, venta ó lo que corresponda, de terrenos suficientes en la zona del Castillo, que el Ayuntamiento vendería por parcelas, con destino á la edificación de casas que sustituyan á las que deben cerrarse ó demolerse, por carecer de condiciones apropiadas para vivienda, y para estudiarlas, proponen sus autores una Comisión extramunicipal que informe y asesore al Ayuntamiento respecto al medio y forma de realizarlas.

Respetando el juicio ageno, pero dejando sentado el propio, nosotros creemos que esa moción pertenece al número de las que deben ser aprobadas sin discusión siquiera, y puesta en marcha inmediatamente.

En Badajoz donde todos y cada uno de los vecinos, aun los más desaseados, se pasan la vida censurando á la Corporación municipal y sobre todo á los Alcaldes, por la falta de higiene que se observa en la generalidad de los servicios, procede que de una vez y para siempre se acometan las obras necesarias, y que se llame á los consejos del Ayuntamiento á las Corporaciones y entidades que pueden y deben ilustrarlas.

El Ateneo de Badajoz ha tomado á su cargo en este curso la celebración de Conferencias en las Escuelas públicas y en el Centro Obrero.

La iniciativa del Ateneo y la labor de los ateneistas Sres. Tamayo, Bardají, Teixeira, Gimenez, López Prudencio, Vázquez, Cienfuegos, Morales, Segura, Segura de la Garmilla, Lacoste, Rincón y otros, llevando á esos centros de educación de la niñez ó á esos otros donde se congregan numerosos obreros, las manifestaciones, los testimonios de la cultura que los distingue, merecen por nuestra parte el más entusiasta de los aplausos, que no dudamos un momento en tributar.

\* \* \*

La Junta de Colonias Escolares organizó últimamente un concierto en favor de la institución santa y bendita que tomó bajo su amparo, que ha sido, sobre una manifestación artística, un testimonio elocuente de lo que pueden unas cuantas voluntades aunadas para un noble fin y dispuestas á realizarlo.

Había esa misma Junta organizado ya dos fiestas análogas, y para que no decayese el éxito de la tercera, se necesitaban elementos nuevos que la hicieran más y más interesante, y esto que para otros acaso hubiera sido de una insuperable dificultad, para la Comisión ejecutiva de las Colonias Escolares, contando con el intiujo de la Srta. Consuelo Diaz, fué por demás hacedero, logrando, sin dificultades, que al Concierto á que nos referimos le prestaran la brillantez de sus talentos las hijas de D. Tomás Reynolds, de Lisboa y de su hermano D. Roberto, de Estremoz, caballerosos señores de los que, al afirmar de los individuos de dicha Junta, todo cuanto se diga es poco en materia de bondades y cortesía, como es poco todo cuanto se diga en el mismo sentido de los estimables hijos de ambos, verdadera familia de distinguidos artistas.

Badajoz que los recibió á todos ellos, como á Mis Aubin, con el respeto y la consideración que merecían, les guarda un recuerdo que no se extinguirá fácilmente.

Interpretando nosotros el sentir de nuestro pueblo para los Sres. Reynolds como para nuestras caritativas y bondadosas paisanas la Sra. doña Agustina Alba, y Srtas. Consuelo Diaz, Carmen Fernández, Angela Tena, Mercedes Torres, María Cordón y Carmen Muñoz, brindamos á todos el testimonio más grande y más sincero de gratitud.

\* \* \*

La prensa extremeña anda desde hace tiempo á vueltas con el regionalismo que algunos desean ver implantado en Extremadura, en la forma que lo practican en Cataluña los que sienten referido ideal.

Consecuencia de este movimiento, obra de este movimiento ha sido el mitin que tuvo lugar en Villafranca últimamente, al que concurrieron, entre otros, los diputados catalanes Senante y Salaverry, el marqués de Monsalud y el director del *Noticiero Extremeño*, adhiriéndose por escrito el Marqués de Torres Cabrera, el hijo político del Conde de la Cañada y algunas otras importantes personalidades.

Si fué triunfo ó no fué triunfo la reunión de Villafranca, no seremos nosotros los que lo digamos. Consignado queda el hecho, como dato para la historia del ideal que se quiere hacer resurgir y lamentemos quede lo que de bueno pueden tener unas y otras ideas, las regionalistas y las que se le oponen, no se haga un cuerpo de doctrina que nutra y fortalezca el espíritu de todos los buenos extremeños y aun de todos los buenos españoles.

BALDUQUE.